

## UNA VISIÓN TEOSÓFICA DEL CRISTIANISMO

Por Richard Brooks

La visión teosófica de la historia inicial de la cristiandad y de su fundador, Jesucristo, es muy distinta de la que encontramos en otras fuentes más ortodoxas, siendo éstas últimas, sin duda alguna, las más aceptadas generalmente por la mayoría de los cristianos. Sin embargo, mientras la mayoría de los cristianos interpretan sus escrituras en un sentido histórico, los teósofos las contemplan como alegorías y las interpretan metafóricamente.

Algunos cristianos saben, por ejemplo, que la interpretación histórica de los Evangelios presenta graves problemas porque hay historias que se contradicen. Sin embargo, han terminado encontrando una razonable solución a esos problemas reteniendo el recuento histórico de la vida de Jesús y sus discípulos basados en esas historias del Evangelio. Como la visión ortodoxa seguramente es la más familiar para la mayoría de los lectores no la detallaré aquí, sino que me concentraré en la interpretación teosófica de la temprana cristiandad.

Según C. W. Leadbeater, G. R. S. Mead, Geoffrey Hodson, y otros escritores teosóficos, Jesús (o Iesus) nació en forma natural, no milagrosamente de una virgen, alrededor del 105 BC. Sus padres eran judíos, según la historia, y eran individuos altamente evolucionados e iniciados de una de las varias Escuelas de Misterios de ese tiempo. Sus padres lo educaron dentro de esas enseñanzas, y se dice que cuando Jesús era joven, su tío, José de Arimatea, lo llevó a la India, de modo que probablemente también se familiarizó con las enseñanzas védicas, las creencias de ese país (y también posiblemente con los esotéricos *Upanishads*). Algunos dicen que luego fue al Tíbet, donde aprendió budismo tibetano, pero eso parece poco probable debido a que el budismo no había llegado aún al Tíbet en esos momentos y las ideas religiosas dominantes eran pre-budistas y basados en la taumaturgia.

Cuando Jesús tenía alrededor de 32 años empezó a enseñar su doctrina públicamente, ante la consternación de los judíos ortodoxos. Geoffrey Hodson afirma, sobre la base de su retro-cognición clarividente del acontecimiento, que miembros de esa secta de judíos apedrearon a Jesús hasta matarlo, y colgaron su cuerpo en un árbol con la cabeza hacia abajo en señal de ignominia. Según esta versión, los romanos no lo podían haber matado porque no habían invadido aún Tierra Santa.

En la literatura teosófica también se dice que otra persona llamada Jesús (que a fin de cuentas era un nombre muy común en aquella época), nacido poco antes de la era cristiana, fue crucificado por los romanos como un agitador contrario al dominio romano en Palestina. Se dice que cristianos posteriores confundieron a estos dos hombres (en forma involuntaria o deliberada), y ese es el actual recuento histórico que conocemos como la vida de Jesús. Es preciso recordar que varios de los Evangelios no fueron escritos, según el análisis erudito, hasta pasados varios años — algunos dicen que hasta 30 años— después de la muerte del segundo Jesús. Por lo tanto, el recuerdo de tales hechos reales podría muy bien ser inexacto. Y desde un punto de vista teosófico, esas historias podrían haber tratado de presentar las ideas teosóficas en forma oculta. También debemos recordar que, además de los cuatro Evangelios canónicos, había otras historias bíblicas sobre la vida de Jesús, y el Evangelio de Tomás era uno de ellos. Sin embargo, fueron desechados por los primeros sínodos de la Iglesia Romana, y con ellos desaparecieron las primeras enseñanzas cristianas sobre la reencarnación. Todo esto está ampliamente documentado por fuentes eruditas y teosóficas, por lo tanto no necesita detallarse aquí.

Para determinar por uno mismo si la historia teosófica de la primera cristiandad es razonable, debemos consultar la obra de G. R. S. Mead. *¿Vivió Jesús en el 100 B.C.?* (TPH, 1903; reimpresso por University Books en 1968), o *Cristianismo Esotérico*, de Annie Besant (TPH, 1901, con varias reimpressiones), para ver un recuento más detallado de las evidencias documentadas. Sin embargo, hay otro enfoque que al parecer complementa el análisis puramente histórico, y ese es un enfoque mitológico, simbólico, o metafórico. Algunos lingüistas (por ejemplo, Lakoff y Johnson, en *Metaphors We Live By*, University of Chicago Press, 1980), han observado que cuando hablamos sobre abstracciones empleamos metáforas, porque el lenguaje literal resulta inadecuado o inapropiado. Y, a mi juicio, los asuntos espirituales son probablemente los más abstractos de todos, de aquí que la interpretación literal de las escrituras pierda sentido.

Como señaló Geoffrey Hodson en *The Christ Life from Nativity to Ascension* (TPH, 1975), la vida de Jesús, como se representa en los Evangelios, es realmente una historia de la evolución espiritual de la humanidad. En terminología teosófica, esas expansiones de conciencia se denominan Iniciaciones. De ahí que a la interpretación metafórica del Nacimiento de Jesús se le llame *Primera Iniciación*; al Bautismo en manos de Juan se le denomine *Segunda Iniciación*; a la Transfiguración se le considere la *Tercera Iniciación*; la Crucifixión y la Resurrección son la *Cuarta Iniciación*, y la Ascensión es la *Quinta Iniciación*. Trataré ahora de hacer un resumen de la historia

metafórica. El lector interesado debe consultar el libro de Hodson para leer un recuento más detallado.

Lo primero que advertimos en la historia de la Natividad es que se dice que tuvo lugar en la medianoche del 24 al 25 de diciembre, cuando el sol del mediodía estaba más cercano al horizonte en el hemisferio norte, antes de hacerse evidente en el solsticio de invierno que el sol comienza su viaje hacia el norte hasta alcanzar el punto más alto sobre el horizonte en el solsticio de verano.

La fecha del 25 de diciembre fue en realidad escogida por los primeros cristianos para que correspondiera con la Saturnalia, un festejo (que comienza el 17 de diciembre y se prolonga durante varios días), que era un feriado de los ciudadanos romanos, y así los primeros cristianos evitaban que las autoridades los descubrieran y persiguieran.

Sin embargo, también se ha sugerido que el Jesús histórico probablemente nació en algún momento de la primavera, fecha que simbólicamente representa, para una sociedad agraria, el "renacimiento" del Dios Solar. Igualmente se dice que Jesús nació de una virgen, lo cual es una imposibilidad fisiológica, pero, de hecho, el sol transitaba en esos momentos por el signo astrológico de Virgo, de aquí que la idea del nacimiento de una virgen sea una metáfora, no una realidad.

Se dice que Jesús nació en un pesebre, es decir, en un lugar humilde, y que, según las historias bíblicas, no había sitio para sus padres "en la posada". Pero una posada era (y lo sigue siendo aún usualmente) un lugar de actividad material, conque el nacimiento de la conciencia crística simplemente no puede tener lugar en ese medio. Además, un pesebre es un sitio donde se tienen animales domésticos. Esos animales representan metafóricamente nuestra propia naturaleza animal (física, emocional y mental) en una persona a punto de tomar su Primera Iniciación, habiendo adquirido disciplina para servir a la conciencia espiritual que ha despertado dentro de sí.

Los tres sabios o reyes magos que viajaron para traer sus regalos, tradicionalmente identificados como oro, incienso y mirra, representan metafóricamente las fuerzas de los planos físico, emocional y mental. El oro se relaciona con la pureza de la mente; el frankincienso (de dulce aroma) se relaciona con la pureza emocional, y la mirra (un incienso de olor fuerte y casi asfixiante) se relaciona con la muerte, por ejemplo, con la muerte del cuerpo físico. Es también interesante notar que al rey mago que ofrece la mirra se le representa generalmente vestido de negro, lo cual apunta nuevamente a nuestra naturaleza física. En otras palabras, que ellos representan la purificación de la personalidad humana. Leadbeater señala que la estrella que guió a los reyes magos

representa realmente la estrella que brilla literalmente en el mundo interno sobre la cabeza del nuevo Iniciado.

En la historia bíblica, a Herodes, gobernador de esa parte de la Tierra Santa, le informan del nacimiento de ese niño, y le dicen que llegaría a ser rey, amenazando así su dominio. Herodes, por lo tanto, busca la forma de matar al niño, pero los padres de Jesús, al ser advertidos del peligro, huyen a Egipto para salvar a Jesús. Herodes representa, de este modo, la fuerza de la costumbre (o quizás, nuestro karma pasado) que trata de preservar el *status quo* en su “reino”, es decir, en la personalidad.

No obstante, debemos tener en cuenta que Egipto era en aquel momento el lugar donde se practicaban aún los Misterios, conque el viaje representaría la educación del niño en la sabiduría oculta de la Naturaleza. La palabra “Egipto” también significa “oscuridad” o “negro” (derivada probablemente de la fértil tierra de las orillas del Nilo), conque desde un punto de vista metafórico, el viaje a Egipto sugiere un cambio interno para comprender plenamente las nuevas enseñanzas. Observemos que Jesús y sus padres no retornan a Tierra Santa hasta después de la muerte de Herodes, es decir, hasta que todos los viejos hábitos han sido completamente eliminados (o sea, que todo karma pasado se haya depurado).

Daisy E. Grove (*The Mystery Teaching of the Bible*, TPH, 1925, 1962) destacó que la geografía de Tierra Santa simboliza la personalidad humana: Judea (el extremo sur, representa el plano físico; Samaria (la parte del medio) representa el plano emocional o “astral”, y Galilea (el extremo norte) representa el plano mental. El nacimiento ocurre en el “Belén de la Judea”. El término “Belén” se traduce como “la casa [o el lugar] de pan”, es decir, que el nacimiento de nuestro conocimiento espiritual ocurre a consecuencia de nuestra comprensión más profunda de nuestra experiencia material. No puede ser de otra forma. ¿De qué otro modo podría uno considerar siquiera el entrar en contacto con la naturaleza más elevada, si no es creyendo en la existencia de esa naturaleza? También debemos observar que Jesús, durante su vida, le advirtió a una mujer de Samaria que tomar agua de un pozo allí no dejaría satisfecha la sed. Por ejemplo, los fenómenos puramente psíquicos (como ocurre en el plano emocional) no llevan a una verdadera comprensión de nosotros mismos. Como los Mahatmas advirtieron a A. P. Sinnett (carta 42, edición cronológica; carta 43, edición de Adyar):

. . . Trate de salir del *maya* contra el cual los estudiantes de ocultismo de todo el mundo han sido siempre advertidos por sus maestros —la afanosa búsqueda de fenómenos. Como la sed por la bebida y el opio, ésta crece con la

gratificación. Los espiritistas. . . están ebrios de taumaturgia. Si usted no puede ser feliz sin los fenómenos, nunca aprenderá nuestra filosofía.

Galilea representa así nuestra naturaleza mental, quizás lo que llamamos *buddhi-manas* o la mente intuitiva. Y por eso se dice que Jesús caminó sobre las aguas, es decir, sobrepasó el lado puramente psíquico de su naturaleza mostrando dominio sobre ella, ya que el agua a menudo se utiliza como una metáfora para aludir a la psique. Pero debe observarse que el Río Jordán conecta el Mar de Galilea con el Mar Muerto en Judea, lo cual indica que existe una conexión entre esos diversos aspectos de nuestra naturaleza. Y, por supuesto, fue en ese río donde Jesús fue bautizado.

El bautismo, simbólico de la Segunda Iniciación, ocurre en las manos de Juan. Resulta interesante que el nombre de “Juan” (o “Ioannes”) podría muy bien ser la forma hebrea de decir la palabra sánscrita *dhyāna* (en pali, *dhyān*; en chino, *chan*; en japonés, *zen*; en senzar, *dzyan*, este último, pronunciado realmente como “John”). Si ese es el caso, ello sugiere nuevamente una profundización de la comprensión espiritual, ya que la palabra sánscrita *dhyāna* indica la etapa justamente anterior al completo despertar espiritual, denominado en sánscrito *prajñā*. Y el hecho de que el bautismo ocurra en el río Jordán sugiere metafóricamente que el acontecimiento acontece dentro de uno mismo.

En la historia bíblica del bautismo, una paloma (símbolo del Espíritu Santo) desciende sobre Jesús, indicando nuevamente una profundización del conocimiento espiritual. También resulta interesante observar que después de ese acontecimiento es cuando tienen lugar los mayores “milagros” que se le adjudican a Jesús. Pero nótese que la palabra griega traducida como “milagro” es *terata*, que simplemente significa “maravilla”, lo cual no implica un alejamiento de la ley natural, como ocurre con la palabra “milagro”. En la literatura teosófica se indica que la expansión de la conciencia nos permite comprender las leyes más profundas de la Naturaleza y darnos cuenta de cosas que a las personas comunes podrían parecerle milagros. Pero también es claro que a muchos de esos milagros —si no es a todos— también puede dárseles una interpretación más profunda (es decir, metafórica o teosófica).

La Transfiguración simboliza la Tercera Iniciación. La historia bíblica resulta nuevamente muy sugestiva. Ante todo, la misma ocurre en “un monte”, lo cual simboliza un estado más elevado de conciencia. Tres de los discípulos de Jesús estaban con él en “el monte”: Pedro, representando la fe, es decir, nuestra naturaleza emocional; Jaime, representando nuestra naturaleza mental inferior; y el discípulo Juan, el hermano de Jaime (que no debe confundirse con Juan el Bautista), representando nuestra naturaleza mental superior o intuitiva. Durante la

transfiguración, cuando el rostro de Jesús “brilló como el sol” (Mateo, 17:2), Moisés y Elías se aparecieron junto a Jesús. Aparentemente, ellos simbolizan el pasado (Moisés, el legislador) y el futuro (Elías, el profeta). Pedro sugiere que ellos construyan tres tabernáculos para conmemorar allí el acontecimiento, pero se escucha una voz saliendo de una “nube brillante”, que les dice a los discípulos: “Este es mi amado hijo, en quien me complazco; escuchadlo bien”. Ante esto, los discípulos se inclinaron con sus rostros en el suelo y Jesús les dijo que se levantaran, pero al hacerlo no “vieron a hombre alguno, sólo a Jesús” (Mateos, 17:5, 8). En otras palabras, Jesús (o, más correctamente, el conocimiento del Cristo), en ese punto, representaba el pasado, presente y futuro, ya que se dice que en la Tercera Iniciación uno tiene un vislumbre de la historia desde la perspectiva de la eternidad, o desde un punto de vista diferente, tanto de la ley mosaica como del futuro profético, vistos como parte de lo que llamamos el Eterno Ahora.

La Crucifixión y la Resurrección subsiguiente representan, según fuentes teosóficas, la Cuarta Iniciación. Desde ese punto de vista, no se trata tanto de que Jesús fuese crucificado en una cruz, como del hecho de que su verdadera naturaleza espiritual quedó crucificada en su cuerpo cruciforme, porque si uno se para erguido con los brazos extendidos a ambos lados, uno forma una cruz. Es decir, que la verdadera conciencia espiritual se hizo una con la conciencia ordinaria normal. Se dice que Jesús se quedó con sus discípulos durante cuarenta días después de este acontecimiento, lo cual sugiere 4 x 10, es decir, el perfeccionamiento (simbolizado por el 10) con el cuaternario inferior (físico, etérico, emocional y mental inferior, en resumen, la personalidad). Sólo entonces ocurre la Ascensión, que simboliza la Quinta Iniciación, que pone a la persona fuera del contacto directo con el mundo humano.

Podríamos, por supuesto, señalar muchas más cosas relacionadas con las metáforas que se aprecian en las historias del Evangelio, algunas de las cuales son muy interesantes, y no todas se han discutido realmente en la literatura teosófica. Todo lo anteriormente expuesto es tan solo un resumen de la interpretación esotérica de la historia. El lector interesado debe consultar los libros mencionados, especialmente el hermoso e inspirador libro *Contemplations on Mystic Christianity* (Watkins: Londres, 1928), que desafortunadamente está agotado y es muy difícil de encontrar. Y uno necesita además utilizar el conocimiento de las enseñanzas teosóficas y la intuición para dilucidar otras historias por uno mismo. Pero espero que lo que he resumido anteriormente ofrezca un indicio de que las historias bíblicas de la vida de Jesús se interpretan mejor como metáforas, que no como historia. La historia, a fin de cuentas es pasado, y el pasado se ha ido, está muerto, y no tiene relevancia directa aplicable a nuestras vidas presentes, como no sea en términos de una causalidad incoherente (y

más bien inmadura) de la idea de una expiación por referencia. Pero la metáfora es eterna, pertinente a nosotros, constantemente viva, y ofrece un indicio del futuro glorioso que yace ante nosotros, cuando nosotros también recorramos lo que ha sido llamado "el camino de la cruz". Visto desde esa perspectiva, la cristiandad puede recomendársele a cualquier persona razonable como una religión válida. Una a la cual cualquier teósofo puede ofrecerle su apoyo entusiasta.

Este artículo se publicó originalmente en la revista *The Theosophist*, en diciembre del 2005.

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz